



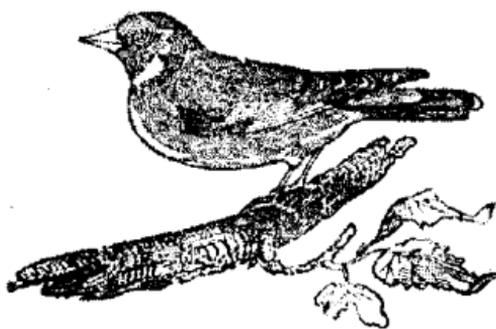
6

EL CONVENTO DE LA RABIDA.

ESTUDIO HISTÓRICO

POR G. DE LA LANDELLE.

Traducido por D. Manuel Baturone.



San Fernando: 1838.

Imprenta ESPAÑOLA, á cargo de D. J. Alvarez.

STANDARD

AMERICAN

INFORMATION

FOR

THE

GENERAL

MANAGEMENT

I.

La Ilmosna.

Sobre un promontorio que sirve de señal y punto de reconocimiento á los navegantes, y como á media legua de la pobre villa de Palos, en el territorio de la Andalucía, se eleva el convento de la Rábida.

Este edificio en el dia no es mas que una ruina solitaria que ni aun conserva el sello de su mucha antigüedad. Las frecuentes veces que se ha restaurado lo ha sido groseramente y revocando de amarillo sus paredes sin respetar la hermosa arquitectura gótica y demas bellezas de su construccion, concluyendo así por destruir la armonia del conjunto.

Sin embargo, aun así mismo, es imposible dejar de conmoverse al aspecto de sus viejos muros, recordando que dentro de ellos un viejo marino, un erudito fraile y un ilus-

La Rábida.

trado médico de aldea, agitaron el glorioso proyecto que ha cambiado la faz y los destinos del mundo.

Si la fundacion del monasterio se remonta á una época muy anterior á la conquista de la Península por los moros, la leyenda á la cual debe su nombre, data solamente de la espulsion de aquellos de las orillas del rio Tinto.

Habíanse estos retirado del lado allá del Guadalete en el reino de Granada; afirmábase la religion cristiana y edificábanse conventos por todas partes, cuando una horrible epidemia de rabia desoló el territorio de Palos, atacando indistintamente á los hombres y á los animales y esparciendo el terror y la consternacion por todo el país.

Por este tiempo fué hallada una imágen milagrosa de la vírgen, vestigio piadoso que habia permanecido enterrado durante la ocupacion del país por los sectarios de Mahoma. Esta imágen fué llevada procesionalmente por todos los campos; el terrible azote de la peste cesó, y merced á la poderosa intervencion de la reina de los cielos, no ha vuelto á reaparecer mas.

La santa imágen hallada tocó en suerte al convento, que despues fué consagrado á nuestra Señora de la *Rabia*, ó en antiguo español de la *Rábida*.

En la época en que empieza nuestra nar-

racion, se hallaba la pequeña villa de Palos en un estado floreciente. El rio Tinto, que en el dia dista de ella mas de un cuarto de milla, bañaba entonces sus muros; una poblacion de intrépidos marinos y hábiles pilotos componia el vecindario de la villa, y su puerto, que mantenía mas relaciones que ninguno otro de España con las islas recientemente descubiertas en las costas de Africa, era el centro de un próspero comercio. El convento de la Rábida hallábase, por consiguiente, en una era de esplendor relativa: su prior, Juan Perez de Marchena, habia sido confesor de la reina, y era público el crédito y favor de que gozaba en la corte, merecidos uno y otro por sus virtudes, su piedad y sus profundos conocimientos.

Juan Perez de Marchena era uno de los sabios religiosos que en tan gran número encerraban los cláustros de aquel tiempo: su inteligencia igualaba á la generosidad de su corazon, y penetrado de los preceptos de la moral evangélica, vivia en el retiro para practicar la caridad y dar el ejemplo de la humildad unida á la ciencia y al saber.

Muchos años hacia que se hallaba Juan Perez de superior del convento de franciscanos de la Rábida, cuando en un ardoroso dia del mes de Setiembre de 1485 se presentó á las puertas del convento un viagero pobremente vestido y ya entrado en edad,

aunque hubiera sido difícil determinar la que contaba.

Conducia de la mano á un jóven como de diez ó doce años, pálido, estenuado, rendido de fatiga y muriendo de hambre y de sed.

—Hermano mio, dijo el viagero dirigiéndose al portero; dad por el amor de Dios un pedazo de pan y agua á mi pobre hijo.

A estas palabras, el extranjero colocó á su hijo sobre uno de los asientos del portal, sentóse tambien él, y levantó los ojos al cielo: despues, como un hombre que lucha con un dolor profundo, dejó caer la cabeza entre sus manos y permaneció sumergido en sus pensamientos. Entre tanto el fraile prodigaba al jóven Diego, que así se llamaba el niño, los cuidados que su lastimoso estado exijia, y preguntábale con interés el lugar de donde venia, el objeto de su viage y las causas de su fatiga y debilidad.

—Venimos de muy lejos, respondió el jóven: hemos salido de las orillas del Odiel al despuntar el dia, y nos dirijimos á Huebra donde esperamos que unos parientes nos den asilo.

—Pero, cuál es vuestro país? replicó el hermano.

—Yo he nacido en Porte-Santo, una isla del Océano en la cual se hallaba mi tio de gobernador por el Portugal; en cuanto á mi padre ni es portugués ni español.

El extranjero oyó estas últimas palabras y se levantó gravemente.

—Basta, Diego, basta; qué le importa á este bueno y compasivo fraile la historia de dos desgraciados que imploran una limosna? Dios os recompense, hermano, la que nos habeis dado, y que derrame sus bendiciones sobre vuestro convento.

En este momento pasó el prior Juan Perez de Marchena.

Este hombre de Dios sabia y comprendia perfectamente que el pobre, no solamente necesita limosna, sino tambien consejos animosos para soportar con resignacion su miseria. Aproximóse, pues, al viagero, cuyo hijo permanecia adormecido debajo del pórtico del convento.

La fisonomía y actitud del desconocido contrastaban singularmente con su traje derrotado y cubierto de polvo: su exterior, como el de un hombre habituado á mandar, revelaba una fuerza de voluntad superior. Aunque sus cabellos se hallaban completamente blancos y su rostro surcado de profundas arrugas, aun no habia podido la edad encorvar su alta estatura, conservándose todavia activo y robusto. Sus ojos de un gris claro eran vivos y sus miradas penetrantes.

—Paciencia, hermano mio, díjole el prior; si vuestro jóven compañero no se encuentra en estado de continuar el viage, entrad, pa-

sad la noche en nuestro convento, que nosotros nos consideraremos muy felices de poder albergaros en él.

—Doy mil gracias á vuestra reverencia, respondió el desconocido: el término de nuestro viage no está muy lejos.

—Reconozco en vuestro acento, respondió el prior, que no sois español; pero no temais que os moleste con preguntas indiscretas. Si la narracion de vuestros infortunios puede aliviar el pesar que os causan, yo la escucharé con el mayor interés. Si quereis ocultar vuestro nombre y vuestra patria, podeis hacerlo, no por eso os recibiremos con menos cariñoso afecto en nuestra santa casa.

Despues de un momento de silencio, el viagero respondió.

—El Señor me ha conducido por el sendero de la adversidad á esta última prueba; me he presentado como un mendigo á la puerta de vuestro convento y he tenido vergüenza de ello. He dado cabida en mi pecho á un pensamiento orgulloso, lo confieso, pero tambien me arrepiento. Vos me hareis volver en mí, padre mio, vos que me invitais á depositar en vos mi confianza. Pobre, yo no me avergüenzo de mi pobreza; mis acciones están al abrigo de toda sospecha, á qué haceros un misterio de ello? Si mi convicción viene de Dios; si realmente me ha elegido para cumplir sus grandes designios,

su infinito poder me hará triunfar de todos los obstáculos y alcanzaré en fin el objeto de mis largos trabajos.

Al terminar estas palabras que habian excitado el interés de Juan Perez, el viagero penetró en el convento, en el cual se le prodigaron nuevos cuidados al jóven Diego.

Algunos instantes despues, en una sala reservada á las personas notables que visitaban el convento, el prior escuchaba á su huésped, que principió su narracion en estos términos:

—Si, padre mio, yo me creo llamado por la voluntad de Dios á abrir una nueva senda á su santa religion: yo creo que él ha elegido á este indigno servidor para elevar y hacer tremolar la bandera de su fé en las tierras é islas del mar Océano, hasta en el imperio del gran Khan de Tartaria y sobre las costas de Mangi y del Cathay, descritas por Marco-Polo. He descubierto el medio mas fácil de ir á estos paises infieles, de los cuales quizás habreis oido hablar.

—He leído, respondió el prior, la preciosa obra de Marco-Polo sobre las regiones de las Indias, que su padre, su tio, ó él mismo han visitado. Hay en este libro muchos pasages sobre los cuales no me doy una esplicacion satisfactoria, y siempre he deseado poder aclarar las dudas que me ofrecen el objeto de que tratan. Tengo al efecto algu-

nas nociones de cosmografía y del conocimiento de los astros y de la navegacion, pues desde que el príncipe Enrique de Portugal, cuya alma tenga Dios en su santa gloria, ha dado tanto brillo y esplendor á las ciencias, ellas se han extendido en este país mas que en ninguno otro del mundo, sin exceptuar á Génova y Venecia. Los pilotos de nuestro puerto visitan sin cesar las nuevas islas descubiertas, y yo con mucha frecuencia les pregunto sobre las particularidades de sus navegaciones. Con esta aficion mia á los estudios náuticos, no dudeis que tendré una verdadera complacencia al oiros hablar de los vuestros.

Animado con la benevolencia del prior, el extranjero continuó.

—Ante todo debo deciros quien soy. Mi historia os esplicará el origen de mis ideas, y yo espero que la confianza que voy á depositar en vos, aumentará la que os habeis dignado dispensar á un desgraciado incógnito.

—Me llamo Cristóbal Colon; he nacido en Génova de padres pobres, y reducidos á vivir del trabajo de sus manos en la época de mi nacimiento (1). Mi familia, sin embargo, no deja de ser ilustre, pues aunque yo llegase á ser almirante, *no seria el primero de este nombre.*

(1) El padre de Colon era cardador de lanas, y se llamaba, segun se cree, Jácome Colombo.

—Qué! exclamó el prior; serias vos pariente de esos Colones que han servido á la Francia en buques genoveses, y de los cuales el mas jóven manda en el dia una escuadra? Muchas veces he oido contar las hazañas de esos dos valerosos marinos, y sé que el mayor condujo en su buque á Marsella al rey de Portugal Alfonso el Africano. En este momento todo el mundo se ocupa de la victoria que el menor de estos hermanos acaba de ganar á cuatro galeras venecianas á la vista del *Sacro-Promontorio*. (1)

—Si señor, respondió Colon, yo desciendo de los mismos abuelos que esos dos valientes hombres de mar. He servido sucesivamente á las órdenes de uno y otro: he hecho con el primero la guerra contra el rey de Nápoles, en favor de Juan de Anjou, duque de Calabria, y con el segundo asistí al combate de 24 de Agosto.

—Y cómo es, dijo el prior, que habiendo vencido vuestro pariente en esta accion, os encontráis aquí con vuestro hijo, en vez de hallaros á bordo de la escuadra victoriosa?

—Yo mandaba una galera, respondió Colon, que sucumbió batiéndose con un buque veneciano de alto bordo. Las granadas lanzadas por los nuestros lograron incendiar al enemigo; pero hallándonos asidos el uno al otro por medio de garfios y resones, no fue-

(1) En el dia cabo de San Vicente.

ron bastantes nuestros cuidados ni mis órdenes para lograr desasirnos, y ambos fuimos presa de las llamas. El combate duró desde el amanecer hasta la caída de la tarde; la flota francesa se separó llevándose prisioneras las tres galeras enemigas, y á nosotros no nos quedó mas recurso que ganar la tierra, lo que felizmente pude conseguir sano y salvo. En semejante situacion, haré de esto unos 45 años, me dirigí á Lisboa donde he permanecido, si bien recorriendo los mares, hasta el dia en que huyo de una tierra en la que se desconocen mis largos servicios, y en la que se ha intentado despojarme del fruto de mis vigiliass. Con la escuadra de Génova y la proteccion del rey de Francia, en calidad de corsario, no hubiera temido entrar en las aguas del Tajo: simple viagero, pobre y desnudo á consecuencia de mi naufragio, no me atrevo á volver á la corte del rey Juan II rodeado como se halla de mis enemigos. Por otra parte formaba el proyecto de venir á España para proponer mis servicios á la reina de Castilla. La providencia me arroja sobre estas playas, yo acepto su voluntad; y aunque hubiera querido presentarme en la corte con una fortuna y rango convenientes, yo lo intentaré á despecho de mis angustias y apuros. Al llegar á tierra con la ayuda de algunos restos de mi escasa fortuna, mi hijo Diego cayó enfermo, y

he tenido que cambiar mis vestidos por estos que veis, y vender una carta geográfica diseñada por mí, para atender á sus necesidades; pero bien pronto se han agotado tambien estos escasos recursos. Era, sin embargo, preciso partir; abandonamos á Lagos, y costeando el mar, hemos llegado hasta la desembocadura del Tinto y del Udiel y desde allí hasta Palos en un barco pescador. Al presente nos dirigimos á Huetra, donde vive retirado Pedro Correa, mi buen hermano, viejo marino como yo, que se hallaba hace 12 años de gobernador de la isla de Porto-Santo, cerca de la de Madera.

La franqueza de Colon conmovió á Juan Perez, quien no tardó en dirigirle nuevas preguntas acerca de las particularidades de su vida.

—Mi primera educacion, respondió él, ha sido muy superior á la condicion de mis padres. A pesar de su indigencia, me hicieron aprender á leer, á escribir y á dibujar; así es que hubiera podido vivir de mi disposicion por la pintura; pero yo preferí el estudio de las ciencias que tienen relacion con la navegacion. En la universidad de Pavia, á donde fuí enviado, me dediqué con afan y lleno de entusiasmo, al estudio de la geometria y astrologia (1), sin olvidar por

(1) Así se designaba en aquella época la astronomía.

esto la gramática y la lengua latina. A los 14 años me embarqué por primera vez en un buque de la república; después he navegado en todos los mares conocidos, ya como mercader, ya como corsario, ó en los buques del rey René por cuyo mandato he llenado comisiones peligrosas, y ya finalmente en buques de la Francia, aliada entonces de Génova. Después he pasado el estrecho de Gibraltar y navegué en el mar Atlántico. Salvado del primer naufragio en 1470, tenía yo entonces 35 años, me establecí en Lisboa y allí contraí matrimonio, sin dejar por esto de hacer frecuentes navegaciones, y en una de ellas, en 1477, llegué hasta cien leguas más allá de Thulé (1) cuya parte meridional se halla situada á los 73 grados del ecuador y no á los 63 como han pretendido algunos.

Mi casamiento con D.^a Felipa de Paestrella me hizo adoptar la nacionalidad portuguesa, y súbdito ya de esta nación, pude visitar sin obstáculos los nuevos establecimientos, en los que he residido muchos años, y en uno de los cuales nació mi hijo Diego.

(1) Thulé es la isla de Islandia, situada al oeste de las islas Shetland (la «Última Thulé» de los antiguos, tal como se halla colocada en la carta de Ptolomeo). La opinión de Colón sobre la latitud de esta isla es errónea pero histórica, pues se encuentra consignada en una carta escrita por él á su hijo Fernando

Durante mi permanencia en Lisboa vivía del producto de mis cartas geográficas que vendía á los príncipes y señores y á los navegantes, y ocupábame muy particularmente en estudiar la forma del mundo y en la lectura de todas las obras tanto antiguas como modernas que tratan de esta materia, llegando á adquirir por este medio el íntimo convencimiento de que navegando por el Océano rectamente hácia el oeste, se encontrará desde luego la isla de Cipango, y á mil quinientas millas mas allá las costas de Mangi y el imperio del Cathay, visitados por Marco-Polo. He resuelto descubrir estos magníficos países por el camino que conduce directamente á ellos, y á este fin he residido muchos años en Portugal despues del nacimiento de mi hijo Diego. El rey Juan concluyó por adoptar mi opinion; pero aconsejado por cortesanos celosos de mi gloria, envió secretamente una caravela en la direccion que yo indicaba. Los pilotos no han tenido suficiente valor para continuar la empresa, y vueltos á Lisboa, trataron de hacer recaer sobre mí la vergüenza del mal éxito de ella.

Juan Perez hizo un gesto que revelaba su secreta indignacion.

—Señor prior, continuó Colon con entusiasmo, el cielo no ha permitido que me roben mi triunfo. Vuestra reina, tan renombrada por su sabiduría, me concederá lo que el

rey de Portugal me ha negado, y no lo du-
deis, yo seré el primero que para glo-
ria de su reinado, llegaré á las riveras orien-
tales del Asia. Aunque el rey de Portugal
ha querido despues reanudar sus relaciones
conmigo lo he reusado, y abandonando á Lis-
boa he tratado de buscar otra potencia que
secunde mis proyectos. Como podeis com-
prender, los ofrecí desde luego á Génova,
mi patria, y esta por dos veces me ha ne-
gado su apoyo: Venecia, su rival, tambien
los ha desoido, y Enrique VII de Inglater-
ra ha rechazado en fin á mi hermano en-
viado por mi á aquel país con la misma mi-
sion. ¡Quiera el cielo que la reina Isabel
me escuche al fin!

—He sido confesor de nuestra virtuosa so-
berana, dijo Juan Perez, y quizás pueda se-
ros útil en vuestra empresa: pero permitid
que antes trate de cerciorarme de la ver-
dad de vuestras teorías.

—Vos os convencereis! exclamó Colon.

—Yo lo espero, dijo el prior; y como mi
juicio y saber están muy lejos de ser in-
falibles, me permitireis me asocie con un ami-
go mio, médico de Palos, llamado Garcia
Fernandez, que tomará parte en nuestras con-
ferencias.

Mientras que el prior enviaba á buscar á
su amigo el doctor, Cristóbal Colon se ar-
rodilló delante de un crucifijo que habia en

la sala, y dió gracias á Dios de haber llegado, despues de una continuada serie de desgracias y mendigando un pedazo de pan, á la puerta hospitalaria del convento de la Rábida.



H.

Cristóbal Colon.

Entre las grandes figuras históricas que descuellan por todas partes en Europa en el siglo que pasa nuestra escena, ninguna hay que iguale á la de Cristóbal Colon. Al estudiar la vida de este grande hombre se siente uno poseido de una profunda veneracion, y nuestras investigaciones acerca de los pormenores de ella, han aumentado constantemente nuestra admiracion por este héroe piadoso que unió la prudencia al entusiasmo; la ciencia al valor y la imaginacion mas viva á la mas admirable perseverancia. La nobleza de su valor se revela en todos sus actos, y su generosidad iguala á su gloria. Así no es maravilloso que este hombre en el descenso de su vida no desesperase jamás, y que en la edad del reposo osase emprender

el mas audaz descubrimiento de los tiempos antiguos y modernos.

En la relacion que de su vida acaba de hacer á Juan Perez, se ve la ruda escuela en que se formó su juventud, y de qué modo continuó sus trabajos científicos en medio de las peligrosas especulaciones del comercio marítimo, del corso y de los combates.

El mar mediterráneo era entonces el teatro de incesantes guerras: hallábase cubierto de escuadras ligeras equipadas por los reyes y príncipes riverreños, y aun por simples señores, unos y otros entregados á sangrientas batallas. Las discordias de las repúblicas y de los reyes cristianos, sus rivalidades, sus odios, sus luchas, las expediciones contra los mahometanos, las represalias que estos tomaban y los actos de piratería de unos y otros, hacian de este mar ensangrentado y cubierto siempre de despojos un palenque en el que los aventureros principiaban á verse estrechados. Colon, aunque vivió en medio de esta abrasadora atmósfera, no se dejó embriagar por el humo, ni aturdir por el ruido, ni dominar por el poder de los hechos: ambicionaba otra gloria mucho mayor.

Este grande hombre meditaba el descubrimiento y la conversion á la fé de un imperio que solo por tierra y venciendo increíbles dificultades habian logrado visitar algunos, y entre ellos Marco Polo, que nos ha

dejado una curiosa descripción de él. Había ya doscientos años que el soberano de estos países lejanos había hecho pedir al papa algunos misioneros para enseñarle la religión cristiana; pero las continuas guerras que desolaban el interior del Asia impidieron á los religiosos llegar á sus estados. Después, un solo viagero digno de fé se ha arriesgado á semejante empresa.—Preciso es encontrar un camino mas corto! dijo Colon.—Su genio resolvió el problema.

Desde entonces se puso en relaciones y mantuvo una correspondencia seguida con Pablo Toscanelli, de Florencia, uno de los primeros sabios de Europa; este le aprobó y trazó una carta, con presencia de una de Ptolomeo y de Marco-Polo el Veneciano, que coloca la estremidad oriental del Asia enfrente de las costas occidentales de Africa y de Europa. Colon no dudó ya un momento del éxito de su empresa. Bien pronto la invención del astrolabio y la aplicación de este instrumento á la navegación hicieron mas fácil la ejecución de su proyecto. Entonces fué cuando dió los primeros pasos, aunque infructuosos, cerca del rey Juan II de Portugal.

Colon era pobre; la fortuna siempre le había sido contraria y habiase visto precisado á vivir con la mas estrecha economía; y sin embargo, siempre llenó sus deberes con una escrupulosa esactitud, y no dejó nunca de

ocuparse de su familia durante el curso de su agitada vida. Tenia consagrada una parte de su módica renta al socorro de su anciano padre que residía en Génova y á proveer á los gastos de la educacion de sus hermanos. Del mismo modo se conducía con su madre patria á la cual ofreció desde luego sus servicios, antes de reclamar el apoyo de ninguna otra potencia estrangera.

Este era el viejo marino que los azares de la guerra habian arrojado sobre las playas de los Algarves y que Juan Perez acababa de encontrar á la puerta de su convento.

La noche habia descendido sobre las aguas del Odiel y del Tinto; un pálido rayo de luna plateaba las cimas de las montañas fronterizas del Portugal, y brillaba en una grande estension del mar hasta perderse en el horizonte: las sombras y el silencio envolvian el promontorio de la Rábida, cuando sonó la campana del convento.

—En fin, exclamó el prior, hé aqui á nuestro amigo García Fernandez.

El médico de Palos no habia podido acudir mas pronto á la invitacion de Juan Perez; despojóse de su larga capa y entró en la sala en que Colon le esperaba con la mayor impaciencia.

El traje del doctor era en extremo sencillo: llevaba una chamarra de aldeano adornada al estilo de aquel tiempo, y unos bo-

tines provistos de espuelas porque su profesion le obligaba á montar á caballo cuando visitaba las aldeas y lugares vecinos. Aunque no pertenecia á la clase de hidalgos, llevaba por la misma razon, un largo estoque pendiente de la cintura; y esta arma, que no era en él un vano ornamento, hábiale servido en muchas ocasiones de defensa en las gargantas de la sierra de Atbalegra infestada de gitanos y vagamundos. La figura de García Fernandez era severa como sus costumbres, si bien se descubria en ella la mayor benevolencia. Su frente despojada de cabellos denotaba por otra parte una inteligencia superior. Colon lo comprendió así, y tomó la palabra lleno de confianza despues de cambiar los primeros saludos.

—En el nombre de Dios, á quien tomo aqui por testigo de mi sinceridad, dijo Colon, dignaos señor doctor concederme vuestra atencion y juzgar imparcialmente sobre los resultados que arrojan mis trabajos cosmográficos. Voy á enseñaros la carta de la tierra tal como yo la creo en su forma y como la ha presentado mi amigo el sabio Pablo Toscanelli de Florencia.

Al pronunciar estas palabras, el viejo marino desplegó sobre una maciza mesa de encina un planisferio ante el cual habia debido pasar muchas noches sin dormir.

El prior y el médico se aproximaron á la

mesa para examinar el plano, que Colon les esplicó en todos sus pormenores.

—La tierra, no lo dudo, dijo él, es un globo cuya vuelta es posible dar, navegando desde aquí hasta la estremidad de la India donde está situada la Tartaria, y tomar despues la misma ruta que siguió Marco-Polo de Venecia en el año del Señor de 1269 para volver á Europa. Esta opinion ha tenido divididos á los mas sabios de la antigüedad: yo he concluido por adoptarla, y espero, con el favor de Dios, verla confirmada navegando en línea recta hácia el Oeste hasta encontrar el continente.

Despues de haber enumerado todas las causas que favorecian y apoyaban su proyecto, citó la autoridad de algunos sabios y entendidos autores y las relaciones de los diversos viageros que habian penetrado en el Asia, y particularmente la de Sir John Mandeville que volvió en 1365. Despues de haber desenvuelto su sistema geográfico, maravillosa concepcion á la altura de la época en que vivia, Colon guardó silencio y esperó las objeciones de su benévolo auditorio.

García Fernandez, con un compás en la mano, media en el planisferio el espacio reservado al Océano; el prior esperaba que el doctor emitiese su primer juicio.

—Vuestro pensamiento es grande, señor Colon, dijo en fin el doctor; pero este mar

es navegable?

—Yo lo veré, contestó el viejo marino.

—Las tempestades no serán en él demasiado violentas para que puédais arrostrarlas?

—Así lo espero, y sin duda sucederá como decis; pero el que me ha inspirado mi designio me protegerá.

—Y si no encontrais la tierra en el sitio que designais? y si las costas de las Indias están mucho más lejos?

—En ese caso navegaré cuanto sea preciso hasta encontrarlas.

El prior se admiraba de las preguntas de Juan Fernandez, que después de haber examinado detenidamente la carta, se pronunciaba tan favorablemente por Colon.

—Yo creia, le dijo al doctor, que reusarais admitir la redondez de la tierra, y os aseguro que este es mi mayor embarazo, pues si efectivamente es redonda, habrá un punto opuesto al que ocupamos nosotros en el cual será imposible mantenerse. Además, el buque que se aproxime al límite de ella se deslizará fuera del mar y caerá en el espacio.

Colon se sonrió y respondió:

—No, no; el cielo que rodea á la tierra como una especie de corteza nos mantendrá siempre en la superficie de ella. La marcha del sol nos manifiesta que el mundo que habitamos es una esfera, y esta es la opinion

de muchos sabios desde los tiempos mas remotos. Ademas, hay ya conocida una gran parte del globo y podemos estar seguros de que no hay riesgo alguno de caer como sucederia desde lo alto de un edificio. Los pies de todos los habitantes se apoyan en las estremidades de los radios que parten del centro, y nuestra marcha sobre la superficie de este globo se parece á la de esos insectos que se pasean sobre una naranja y pueden dar una vuelta entera por su superficie caminando siempre en linea recta.

El genio del gran navegante le hacia entrever el problema de la gravedad y de la atraccion universal que no debia ser completamente resuelto hasta doscientos años despues por el ilustre Newton.

Colon, que en esta ocasion discutia con hombres ilustrados pero sinceros, destruyó uno por uno todos los argumentos y objeciones que le oponian; consiguiendo al fin reducir á su opinion al médico y al prior.

Otras varias conferencias se siguieron á esta primera noche de estudios; algunos testimonios recogidos en la villa de Palos por el doctor Fernandez, aumentaron la confianza de Juan Perez en las teorías de Colon. Entre ellos, un piloto que se halló presente en una de aquellas reuniones, afirmó que habiendo sido estrayado por los vientos contrarios mucho mas allá del cabo Clear en Islandia,

había encontrado en medio del Atlántico una gran estension de mar en la cual se hubiera internado sin temor á no haber estado tan próxima la estacion del invierno.

Recordáronse finalmente las antiguas tradiciones: se habló de la Atlántida de Platon; de Ophir y de Tarsis, á donde se dirigian las flotas de Salomon en busca de metales preciosos, pasando por las columnas de Hércules, y se discutió sobre si estas ciudades estaban situadas precisamente en el imperio del gran Khan ó en la isla de Cipango.

Las recientes navegaciones de los portugueses mas allá del ecuador probaban que podia atravesarse sin peligro alguno la zona tórrida, y que no era, como habian pretendido algunos filósofos de la antigüedad, una region de fuego en la que hervian las olas del mar. Colon mismo en sus navegaciones habia llegado hasta San Jorge de la Mina en la costa de Guinea, casi bajo la línea equinocial.

Juan Perez quedó completamente convencido, y desde aquel momento tomó á su cargo, de todo corazon, el éxito de los proyectos de su huésped.

García Fernandez por su parte prometió tambien reunirle los medios necesarios para su empresa y compañeros de navegacion.

La ciencia y la fé acababan de dar al viejo marino dos amigos prudentes y desinteresados.

dos que le ayudaron con todas sus fuerzas y no le faltaron jamás.

El prior habia mandado un mensajero á Huetra; Pedro Correa, el buen hermano de Colon, habia muerto: el gran navegante se vió así privado de su última esperanza y sin ninguna clase de recursos en un pais extranjero.

La generosidad de Juan Perez libró tambien á Colon de este nuevo conflicto. Decidió que el jóven Diego permaneciese en el convento, y proveyó al padre de cuanto necesitaba para presentarse en la corte de Castilla; dióle ademas una carta en la cual lo recomendaba á Fernando de Talavera, confesor de la reina.

Sin embargo, los sucesos que agitaban la península impidieron que Cristóbal Colon partiese antes del fin de 1486.

Llegada esta época, dejó á su hijo Diego al cuidado de Juan Perez, y tranquilo sobre su educacion, pues los religiosos le habian ofrecido encargarse de ella, se despidió de sus huéspedes, y lleno de esperanzas salió del convento de la Rábida, dirigiéndose á Córdoba á cuya ciudad acababan de llegar Fernando é Isabel.

La monarquía española, en este brillante periodo de su historia, se hallaba reunida, por el matrimonio del rey de Aragon con la reina de Castilla, bajo la autoridad de la

pareja real mas hábil que quizá haya reinado jamás.

Una lucha encarnizada tenia lugar hacia mas de ocho siglos entre la España cristiana y la España musulmana.

La invasion árabe habia triunfado fácilmente de un imperio compuesto de los elementos mas heterogéneos, en el que los odios recíprocos de los pueblos célticos, romanos, vándalos, suevos y góticos se habian opuesto constantemente á la fusion necesaria que habia de dar fuerza al estado. Sin embargo, los últimos descendientes de todos estos pueblos, rivales todavía, se habian refugiado en las montañas de Asturias, y ligados por la desgracia comun contra los enemigos de su fé, formaron un todo compacto y tomaron la ofensiva á favor de las disensiones que no tardaron en dividir á los nuevos conquistadores.

Aun no habian trascurrido cien años desde la batalla del Guadalete, cuando Carlomagno arrojaba el islamismo del lado allá del Ebro, y el reino de Oviedo se constituia en las orillas del mar de Vizcaya.

Despues de Carlomagno, los nuevos estados cristianos, á pesar de sus querellas, continuaron la guerra contra los califas.

El Portugal conquistó el territorio en que despues ha quedado encerrado: el resto de la península se encontró al fin dividido entre

las tres coronas de Navarra, de Aragon y de Castilla y Leon por una parte, y el reino de Granada por otra. Finalmente, luego que Juan II de Aragon dejó por su muerte el cetro á su hijo Fernando, y que Isabel triunfante se sentó en el trono de Castilla y Leon, la potencia española se vió dueña de todos los paises que en el dia ocupa en Europa, á excepcion de la alta Navarra y de las posesiones mahometanas en las que los moros se encontraban cruelmente encerrados, sobre todo desde que habian perdido á Gibraltar bajo el reinado de Enrique IV de Castilla, predecesor de Isabel.

La Navarra era demasiado débil para que pudiese inspirar temores; el Portugal acababa de ser vencido en Toro, y la Francia, atendido el horroroso estado de confusion en que se hallaban sus negocios, no podia dar inquietud alguna. De este modo, fuertes en su union que siempre fué admirable, á pesar de la independencian de sus coronas respectivas, el rey y la reina pudieron dirigir contra los moros todos los esfuerzos de la España cristiana.

Era esta una verdadera cruzada, caballeros y voluntarios afluían de todas partes de Europa; la desesperacion reinaba entre los súbditos de Boabdid. Las predicciones musulmanas repetidas con espanto y terror, anunciaban que la dominacion de los mahome-

tanos en España tocaba á su última hora.

Sin embargo, preparábanse en Granada á una heroica resistencia.

Celosos de su propia gloria, Fernando é Isabel no quisieron comprometerla en un ataque que no presentase todas las probabilidades posibles de buen éxito, y al efecto reunieron un formidable ejército para hacer la guerra á los últimos sucesores de los califas. Por este tiempo fué cuando Cristóbal Colon llegó á Córdoba.



III.

AÑOS DOLOROSOS.

Isabel y Fernando sabían que la familia de Boabdí, dando treguas á sus discordias intestinas, habían formado una coalición para resistir el poder de los cristianos. Era, pues, preciso empezar las hostilidades. Estas circunstancias fueron muy contrarias para el proyecto de Colón, pues en medio de las ardientes preocupaciones á que daban lugar los sucesos que se preparaban, no era posible que su presencia en la corte, garantizada solamente por la carta de un fraile franciscano, inspirase la suficiente confianza.

Juan Pérez, su protector, y en otro tiempo muy conocido y relacionado en la corte, vivía retirado, como hemos visto, y casi olvidado en un convento de Andalucía. El que le había sucedido en el encargo de confe-

sor de la reina, Fernando de Talavera, no se dignó escuchar al desconocido; lo tomó por un aventurero; calificó de extravagancia y de engaño el proyecto de ir á las indias por el Atlántico, y reusó prestarle su apoyo en términos que destruyeron todas las esperanzas de Colon.

El infortunado genovés, sin abatirse por esta repulsa, se dedicó á estudiar los medios que pudieran proporcionarle una audiencia con los soberanos españoles.

En este tiempo se utilizó de sus conocimientos geográficos y vivió del producto de sus cartas que vendía á los señores de la corte.

En la vida de un grande hombre como Cristóbal Colon, no hay episodio alguno, por oscuro que sea, que no ofrezca un poderoso interés. La venta de las cartas lo puso en relaciones con el preceptor de los príncipes de la casa real, hermano del nuncio del papa, y por esta razon doblemente considerado.

El preceptor habló de su cosmógrafo, y desde entonces los elogios del gran navegante circularon por todas partes. Poco tiempo despues Colon fué acogido dignamente por el arzobispo de Toledo D. Pedro Gonzalez de Mendoza.

Los ilustres prelados que se interesaban ahora por Colon, despues de haber leído la

carta de Juan Perez, escucharon con atencion los argumentos del viejo marino y trataron de hacer llegar su voz hasta el trono.

Un año despues de su llegada á Córdoba, Colon fué introducido á la presencia de Fernando é Isabel por el cardenal Mendoza, que un historiador ha llamado *el tercer rey de España*, aludiendo á su grande influencia con los monarcas de Castilla y Aragon.

A pesar de su modestia natural y de su evidente pobreza, Colon no esperimentó en esta entrevista ningun embarazo. La nobleza de sus designios le inspiró grandes y sentidas palabras: dijo que era un instrumento del cielo, y desenvolvió su sistema de un modo tan admirable, que causó la mas viva impresion en el ánimo de la reina. Pero Isabel creyó debia dejar decidir esta importante cuestion á su real esposo.

Fernando, á pesar de su entusiasmo por los descubrimientos y mucho mas por este que se le proponia, mas importante que todos los de Portugal, guardó una prudente reserva y no se dejó subyugar por las elocuentes palabras del gran navegante para hacerle ninguna clase de promesa. Quiso sí, que una reunion de sabios de los mas renombrados del reino examinase el proyecto, y al efecto dispuso se presentase Colon ante un consejo que debia celebrarse en Salamanca y presidir Fernando de Talavera.

Colon habia confiado en la reina y la reina no habia podido protegerlo por sí sola; caia, pues, otra vez en manos de un hombre que ya en otra ocasion, debiendo haber sido su protector, lo habia rechazado, y sin embargo no por esto se dejó abatir.

Ante la asamblea de Salamanca respondió victoriosamente á todas las objeciones, generalmente vanas y pueriles, que le fueron hechas; pero ay! el genio no siempre triunfa de las preocupaciones.

La mayor parte de los miembros del consejo encontraron las doctrinas de Colon inconciliables con el sistema de Ptolomeo; algunos otros fueron mas lejos y pronunciaron las palabras de impiedad y herejía, y poco faltó para que este hombre eminentemente piadoso, que ante todo queria llevar el conocimiento del cristianismo á países desconocidos, no fuese acusado de faltar á la fé y de sostener errores que pudieran considerarse como una blasfemia. Si las cosas no llegaron á este extremo, se debió únicamente á la influencia de algunas personas del alto clero que formaban parte de los examinadores y pudieron dividir las opiniones de la asamblea.

Los negocios políticos vinieron á interrumpir las conferencias de esta reunion, y entre tanto Colon fué completamente olvidado.

Sin embargo siguió con perseverancia á la

corte por espacio de cinco años consecutivos, tomando parte en los combates á fin de atraer sobre sí la atención de los reyes, dando pruebas de sabiduría y habilidad en la guerra contra los moros, y exigiendo solo por premio de estos trabajos el favor de dar un nuevo imperio á la España y á la cristiandad.

Durante el sitio de la ciudad de Baza tuvo lugar un incidente que merece ser referido, porque su influencia estraña y casi ignorada sobre los proyectos del gran navegante, transformaron el descubrimiento del nuevo mundo en una especie de cruzada cuyo objeto era la conquista de la Tierra Santa.

Habíase roto la alianza de los reyes rivales de Granada: Muley-Boabdil ocupaba la ciudad de Baza, mientras que su sobrino Mohomed hacia frente á la tormenta en la capital de los moros.

Aprovechándose de las discordias intestinas del enemigo, los españoles dirijian todos sus esfuerzos contra la primera de estas plazas, y la misma Isabel en persona presidia las operaciones del sitio.

Por este tiempo se presentaron en el campamento dos religiosos procedentes de Jerusalem, é hicieron llegar hasta la reina un mensaje del Soldan de Egipto en el que amenazaba con la muerte á todos los cristianos que se hallaban en sus estados y destruir

el Santo Sepulcro, si el rey y la reina no renunciaban á la conquista de Granada.

Isabel, vivamente conmovida con el relato de los religiosos, les concedió una renta perpetua de mil ducados de oro, y les hizo un rico presente bordado por su propia mano para adornar el Santo Sepulcro.

Desde este momento, la guerra continuó con mas ardor que antes, y los españoles, llenos de una piadosa indignacion y ardiendo en deseos de vengar á sus hermanos los cristianos de Oriente, hacian prodigios de valor.

Conmovido profundamente Colon con la relacion de los religiosos, tuvo varias entrevistas con ellos que exaltaron su fantasía hasta el punto de esclamar un dia:

«Juro consagrar á la libertad de la Tierra Santa todos los beneficios que puedan proporcionarme mis descubrimientos!»

Esta exclamacion de un pobre voluntario del ejército cristiano debió parecer, cuando menos, algo extravagante.

Mirábase entonces á Colon como una especie de aventurero cuya imaginacion habian estraviado sus largos estudios científicos, y mas de una vez habíase visto hecho el blanco de las burlas de los jóvenes *hidalgos* de la corte, á pesar de su bravura y de sus conocimientos militares.

Los religiosos de Jerusalem continuaron pin-

tando con los mas negros colores las calamidades que agoviaban á los cristianos de Oriente. Colon repitió sin duda interiormente el juramento que antes habia proferido, juramento que nunca olvidó y del que siempre se halló preocupado hasta la hora de su muerte.

Gracias á la sabiduría de Isabel, los trabajos del sitio fueron conducidos tan hábilmente, que Baza no tardó en rendirse. Muley-Boabdil hizo renuncia de los derechos de su corona en favor de los sabios monarcas.

La corte entró triunfante en Sevilla: Colon esperaba hubiera llegado el momento de obtener una respuesta decisiva, pero las fiestas y regocijos lo alejaron de la reina mas todavia que los combates.

Así pasó dos años enteros en la mas profunda miseria esperando poder alcanzar una audiencia.

Cuando en 1490 consiguió al fin hacerse oír, solo recibió por toda respuesta una vaga promesa. Fernando de Talavera le dijo que nada podia hacer en favor de sus proyectos mientras no se terminase la guerra.

Agoviado de dolor, pero no desanimado, y con el corazon lleno de amargura, aunque siempre íntimamente convencido de la escelerencia de sus proyectos, Colon salió de Córdoba para hacer sus proposiciones á los duques de Medina-Sidonia y de Medina-Celi, grandes

de España que poseían florecientes principados, tenían buques y mantenían tropas independientes de la corona; pero uno y otro le reusaron también su concurso.

Entonces el viejo marino se decidió á abandonar á España y dirigióse al convento de la Rábida en busca de su hijo Diego.



IV.

ÚLTIMOS ESFUERZOS.

Nada molesta y cansa mas pronto al que protege una empresa como los pasos infructuosos que da para conseguirlo. Esto fué lo que sucedió á los protectores de Colon en la corte, que concluyeron por olvidarse del sabio navegante. La misma suerte tuvieron las conferencias y dictámenes de la asamblea de Salamanca; y todo cuanto tenia relacion con el gigantesco proyecto del viejo marino parecia olvidado por la corte española.

No sucedia así en el aislado monasterio de los alrededores de Palos.

En aquel retiro, el recuerdo de Colon vivia en todos los corazones: allí, su hijo Diego, educado por los frailes franciscanos, era el hermano y el amigo de todos ellos.

En el fondo de este cláustro tranquilo se

recordaba, como un gran suceso, el día en que el pobre navegante náufrago había llamado por primera vez á las puertas del monasterio. Sus proyectos interesaban á todo el mundo y sabíase de qué modo se comportaba en el ejército cristiano. Sus cartas llenaban de júbilo á los pobres religiosos cuando en ellas traslucían la realización de las esperanzas del viejo marino, así como los llenaban de dolor, si nuevos obstáculos diferían el momento que tanto deseaban.

Gasi todas las tardes, el médico García Fernandez, de vuelta de sus escursiones en los campos vecinos, iba á ver á su amigo Juan Perez y juntos bablaban de Colon, de sus proyectos, y frecuentemente de aquel planisferio que habían medido y examinado sobre la maciza mesa de encina. Los viages de Marco-Polo se leían y comentaban bajo el punto de vista que lo hacia Colon. Su hijo Diego era admitido á estas conferencias que escuchaba con cándida admiración.

Era Diego un jóven grave y piadoso, cuyos primeros años los había pasado en lejanas colonias ó en el mar, y cuya juventud se formaba en el retiro del cláustro.

La vida exterior era para él semejante á un poema heróico; no recordaba de ella mas que combates y navegaciones peligrosas: la vida interior era á sus ojos austera y santa, y solo veía en ella la imágen de la religion

y de la virtud.

Su inteligencia se habia desarrollado maravillosamente, y prometia ser, como en efecto llegó á serlo, un digno hijo de Cristóbal Colon.

En las oraciones comunes se pronunciaba el nombre de su padre: todos los dias escuchaba los votos que hacian los religiosos por el buen éxito de los proyectos del viejo marino, y así puede concebirse con qué atencion escucharia las conversaciones que se suscitaban con motivo de las noticias que llegaban de Córdoba, de Salamanca, de Sevilla y demas lugares en que el infatigable navegante se hacia oír.

Diego tenia ya 17 años: hallábase por tanto en estado de apreciar y comprender la estension é importancia de los designios de su padre, cuando Juan Perez recibió una carta de Colon llena de esperanzas lisonjeras, pues por su contenido se comprendia que el duque de Medina-Celi parecia dispuesto á confiarle algunos buques para su viage de descubrimientos. A juzgar por la alegria que produjo esta carta, parecia que todos los religiosos tomaban una parte directa en el éxito de la empresa: hablaban ya de la conversion del gran Khan de Tartaria y de sus súbditos infieles, cuando se vieron sorprendidos por la presencia del mismo Colon en el convento.

La Rábida.

6

Juan Perez se apresuró á salirle al encuentro y á presentarle su hijo Diego. El viejo navegante lo estrechó tristemente entre sus brazos, y las únicas palabras que pudo pronunciar despues fueron las tristes nuevas de sus esperanzas frustradas.

Despues de tantos años de viajes, de trabajos y de afanes, volvía al convento de la Rábida tal como habia salido de él, pobre, sin recursos y completamente desesperanzado de sus tentativas en España.

—Qué, dijo el prior, el duque de Medina-Celi no consiente en protegeros! Y sin embargo, vos nos escribiais que habia acojido perfectamente vuestro pensamiento, y que se hallaba dispuesto á ayudaros en vuestra empresa.

—Sí, dijo Colon, su convencimiento es tan grande como el mio, pero teme descontentar á la corte, y encuentra la empresa demasiado grande para un súbdito; así es que solo se ha limitado á prestarme su apoyo despues del de los reyes.

—Entonces esperad todavia, exclamó Juan Perez.

—No! no, padre mio, he perdido infructuosamente mucho tiempo en España: tengo ya cincuenta y cinco años y de ellos he gastado diez y ocho en vanas pretensiones tanto en Portugal como en Castilla: estoy decidido á marcharme á Francia; quizás esta nacion

me acoja mejor.

A estas últimas palabras de Colon, el prior no pudo ocultar su dolor.

—Escuchadme, exclamó: vos perteneceis á España, lo sé; teneis una nueva familia en Córdoba, y una mujer y un nuevo hijo os retiene en esta ciudad. No vayais, pues, á sufrir nuevas repulsas en otra corte; para esto valia mas que renunciáseis á vuestros proyectos.

—Jamás! dijo Colon: la España me rechaza, me iré á Francia, y si es preciso recorreré la Europa entera hasta que encuentre algun soberano ó gran señor que acoja mis proposiciones. Es verdad, como decis, que tengo afecciones en Córdoba, pero estas me servirán para dejar encargado el cuidado de mi hijo Diego hasta que yo vuelva. Pero, os lo repito, he esperado demasiado y quiero ir en busca de reyes menos indolentes, y mas celosos de su gloria y del bien de nuestra santa religion.

—Isabel no os conoce, replicó el prior con una espresion de tristeza; pero vos, amigo mio, tampoco la conoceis, si pensais encontrar en el mundo entero rey ó príncipe mas digno de que merezcáis su proteccion.

La llegada de García Fernandez interrumpió al prior, y Colon repitió al doctor las mismas palabras que habia dicho á Juan Perez.

El viejo médico, no menos celoso de la

gloria de España que el superior de la Rábida, se unió á él para disuadir á Colon de ir á ofrecer sus servicios á otra corte.

—Si no se tratase mas que del rey Fernando, dijo el doctor, no me atreveria á insistir; pero Isabel está en el trono de Castilla, y creedme, su grande ingenio y su noble corazon os protegerán desde el momento que llegue á penetrarse de la importancia de vuestros proyectos. Vos necesitais una flota, y no lo dudo, la tendreis.

Colon hizo un movimiento de cabeza en señal de duda, y dirigiéndose á su hijo Diego, le dijo:

Mañana por la mañana, hijo mio, alistate para seguirme: es preciso abandonar este pacífico retiro, separarnos de estos virtuosos protectores y darles el último á Dios.

Los ojos del jóven se elevaron tristemente hácia Juan Perez, que exclamó de repente:

—No! no! hijo mio; tú no partirás todavía. Yo os ruego encarecidamente, señor Colon, me concedais á lo menos algunos dias. Voy á escribir á la reina, y si es preciso iré en persona á implorar vuestra proteccion.

—Que vuestro deseo sea cumplido, y hágase la voluntad de Dios!

El prior, bajo la impresion de su entusiasmo y del temor de que tan noble empresa se escapase á la gloria de Isabel, le escribió en aquel momento una carta llena del

mismo fuego de que él se hallaba poseído.

García Fernandez propuso mandarla con un piloto muy diestro que conocia, y que se hallaba reconocido á los favores que en varias ocasiones le habia dispensado.

Aceptada por Colon esta proposicion, se puso inmediatamente en práctica, y convino en permanecer en el convento hasta el resultado de la carta del prior, que no se hizo esperar mucho tiempo.

Catorce dias despues de la partida del piloto, la reina rogó á Juan Perez fuese á tener una entrevista con ella, y le encargaba al mismo tiempo dijese á Colon que no deseperase de ver realizados sus proyectos.

Al recibirse este real mensage en el convento, todos dieron gracias á Dios por haber manifestado así su divina voluntad. Aunque era ya media noche, el celoso Juan Perez quiso partir en aquel momento, y al efecto hizo ensillar su mula y se puso en camino acompañado solamente de dos criados bien armados.

Colon, Diego, García Fernandez y todos los hermanos franciscanos reunidos en el patio del convento, asistieron á la despedida del prior y lo colmaron de bendiciones.

El que mas interesado se hallaba en el buen éxito de la partida, dudaba, sin embargo, de él; tantas veces habia confiado en vano en el favor de sus poderosos protecto-

res, y tantas habia creido vencidos los obstáculos que se oponian á sus proyectos! Penetrado de reconocimiento hácia el prior, rogaba á Dios por él, y sostenido por su fé esperaba la decision del cielo.

—Será esta una nueva prueba? decia para sí; porque convencido intimamente como estaba de lo grande de su mision, creia que su esperanza debia fortalecerse mas con la adversidad. Su alma se complacia con la idea de que los mas débiles instrumentos para llevar á cabo una empresa, son tambien los mas gratos á los ojos de Dios, y este pensamiento le hacia creer que lo que no habian conseguido el nuncio del papa ni el cardenal de Mendoza, quizás lo lograria su humilde amigo Juan Perez.

Entonces, cuando veia en perspectiva desarrollarse ante su vista las inmensas y dilatadas playas de un imperio maravilloso; cuando se figuraba que sus naves habian conseguido franquear el Occéano y arribar á las regiones descritas por Marco-Polo, caia en un estasis profundo.

Cristóbal Colon presenta en efecto una cualidad muy notable, y es que reunia á un espíritu especulativo y matemáticamente exacto, una imaginacion entusiasta en la que se veian predominar siempre las creencias religiosas. Habia calculado mucho con el compás en la mano y esclamado despues: *Dios*

lo quiere. Esta confianza inalterable en la voluntad de Dios, que lo sostuvo por espacio de mas de veinte años en sus azarosos viajes y en las contrariedades y humillaciones que sufrió, fué la que despues del éxito brillante que tuvieron sus proyectos, le permitió unir á la fortaleza y arrogancia de su noble carácter y á su dignidad personal, esa modestia de que tan pocos ejemplos se presentan.

Dedicó siempre á Dios la gloria de los descubrimientos de su genio, y si la ingratitud de los hombres le llenó de indignacion, nunca dejó de ser humilde como un verdadero servidor de Jesucristo. La historia del gran navegante presenta en cada página ejemplos de esta verdad.

Juan Perez, recordando sus buenas y antiguas relaciones con la corte, marchó á ella lleno de confianza; atravesó el país conquistado recientemente á los moros, y se dió tanta priesa en su viage, que en cuatro dias llegó á Santa Fé en cuya ciudad se hallaba la reina Isabel.

Durante el sitio de Granada, habia sido incendiado el campo español y reemplazado por una fortaleza. Para bloquear mejor á la capital musulmana se habia levantado frente á sus muros una ciudad poblada por un numeroso ejército y en ella se habia establecido el gobierno de la nacion. Tal era Santa

Fé, que debió así su nacimiento á la memorable lucha del islamismo contra la España Católica. La guerra que destruía las ciudades fundó una esta vez.

Juan Perez halló á la reina muy dispuesta en favor de Colon contribuyendo á ello los informes del duque de Medina-Celi: le habló con calor y entusiasmo segun sus propias convicciones, y estimuló á todos los demas protectores del viejo marino por el cual parecian ahora interesarse los mas eminentes personages de la corte.

Isabel quiso ver á Colon; pero pensando antes en su estremada pobreza, hizo enviarle por el prior veinte mil maravedises para que pudiese presentarse ante ella con la decencia conveniente.

García Fernandez recibió esta suma y la remitió á Colon y este provisto de un nuevo trage y lleno de nuevas esperanzas, se puso al momento en camino para reunirse en Santa Fé con su jeneroso amigo Juan Perez.

No trataremos de describir el efecto que produjo en el convento la noticia de los favores de que era objeto Colon.

Su hijo Diego le acompañó hasta el camino de Sevilla; el doctor lo siguió tambien y cuando llegó el momento de separarse de él le prometió ocuparse activamente en los preparativos de la espedicion marítima, de la cual tenian ya conocimiento muchos pilotos

y habitantes de Palos, entre ellos los hermanos Pinzon.

Desde este momento nadie dudaba ya de que Cristóbal Colon obtendría el mando que solicitaba.

La promesa evasiva que se le habia hecho de que esperase á la conclusion de la guerra para poner en planta sus proyectos, adquiría por otra parte una importancia real, pues era público en el país que Granada se hallaba reducida al último extremo.

Sin embargo, habia sido tantas veces defraudado en sus esperanzas, que solo concebía vagos temores al pensar en su realizacion, y hallábase resuelto á romper sus negociaciones con la España en la primera ocasion favorable que se le presentase.

Al llegar Cristóbal Colon á la vega de Granada, presentóse á su vista un espectáculo extraordinario: el ejército cristiano salia de Santa Fé formado en orden de batalla: una inmensa multitud de gentes de todas las provincias españolas y de musulmanes cubrian los campos: iba á tener lugar uno de esos sucesos que forman época en los anales de una nacion.

El viagero apretó el paso de su mula y entró en la plaza fuerte donde esperó con impaciencia á su amigo el prior de la Rábida.

V.

ISABEL DE CASTILLA.

El ejército cristiano tomó sus posesiones en el llano; un brillante cortejo salía de la ciudad de Santa Fé, y Fernando é Isabel rodeados de la corte, de los mas insignes capitanes y del clero español, se dirijieron con toda pompa hácia Granada que les abria sus puertas.

Resonaba en el aire el ruido de las trompetas y clarines juntamente con los gritos del triunfo y mezclábanse á uno y á otros los cánticos al Señor en accion de gracias.

Despues de una lucha que habia durado ocho siglos, la cruz triunfaba de la media luna.

Los musulmanes de la vega, mudos y consternados, veianse agrupados sobre las

colinas inmediatas desde donde presenciaban la caída de su imperio: los de Granada se habían encerrado en sus casas, mientras que las calles de la ciudad se llenaban de guerreros y caballeros de todas las naciones, de grandes de España y prelados, todos ufanos y embriagados de alegría, todos entusiasmados con la gloriosa conquista que acababan de hacerle á la Europa cristiana los reyes de Castilla y de Leon.

Entre bulliciosa multitud se hallaban confundidos un simple fraile y un oscuro pretendiente, preocupados ambos por un mismo pensamiento: Cristóbal Colon y Juan Perez solo se ocupaban de sus proyectos de descubrimientos.

Algunos dias mas, amigo mio, dijo el prior; dejad que el reino de Granada entre pacíficamente en los dominios de la corona, y la reina os escuchará con benevolencia.

Colon respondió, no sin alguna amargura.

Cuando veo el ruido que produce la conquista de una provincia arruinada, y la indiferencia con que se acoje un proyecto que debía dar á la cristiandad un imperio sin limites, no puedo menos de mirar con lástima los juicios de los hombres. Bello y grande es sin duda espulsar á los moros de Europa; pero cuánto mas no lo sería llevar el estandarte de la fé á los últimos confines de la tierra, estender así los limites del mundo

conocido, y dar á la España católica mas reinos infieles que ciudades y aldeas tiene este territorio conquistado con tanto trabajo y sacrificios! Y, sin embargo, se me rechaza despues de seis años de pretensiones; se me trata como á un aventurero, intrigante é insensato! Si mi confianza en Dios no me sostuviese; sino creyese que su santa voluntad ha de permitir la realizacion de mis designios; sino considerase, en fin, la rendicion de Granada como uno de los medios secretos de que se vale la Providencia, no tendría mas que desden al mirar estas magnificencias triunfales.

Hablando así, Cristóbal Colon y Juan Perez llegaban con el cortejo real al pie de la Alhambra.

Una aclamacion de la multitud seguida de un profundo silencio, llamó la atencion de los viageros. La verja del espléndido palacio de los reyes moros se abria en aquel momento. Vióse en seguida salir al último de los Boabdil acompañado de su servidumbre, adelantarse hácia el rey y la reina, inclinarse ante ellos y entregarles las llaves de la opulenta fortaleza de Granada; de aquella morada sagrada, obra maestra de la arquitectura oriental, que abandonaba para siempre.

Un instante despues, la bandera española ondeaba triunfante en la torre mas alta de

la Alhambra.

Vencido el poder musulman en la península, era llegado el momento de que Cristóbal Colon pudiese reclamar ser oído.

Juan Perez le sirvió de introductor entre los grandes de la corte, y viendo que se allanaban los obstáculos que hasta entonces se habian opuesto á los proyectos de Colon, marchóse al convento de la Rábida.

Los monarcas de Castilla y Aragon quisieron ocuparse sin mas tardanza de las proposiciones de Colon, y al efecto reunieron un consejo que las examinase, y discutiese las pretensiones del ilustre navegante. Pero penetrado de lo grandioso de su empresa, este hombre pobre y sin recursos, y que habia gastado diez y ocho años en vanas pretensiones, impuso condiciones verdaderamente regias.

Quería, ante todo, ser investido con los títulos de almirante y virey de los paises que descubriese, y gozar el décimo de los beneficios que produjesen.

Colon habia resuelto emplear las riquezas que obtuviese en la libertad del Santo Sepulcro, consagrándolas á levantar un ejército de 50.000 hombres de infantería y 5.000 de caballería, como consta de las memorias que presentó ocho años despues á la corte de España, de vuelta de su tercer viage de descubrimientos.

Apenas se supo en la corte el precio que exigía Colon por sus servicios, todos los cortesanos lo colmaron de burlas y menosprecios: por todas partes se decia que no era mas que un diestro intrigante que pretendia adquirir un alto grado y una posicion eminente antes de haber prestado servicio alguno; un aventurero cuyos sueños fantásticos y quiméricos acarrearían enormes gastos á la nacion. Desgraciadamente, la reina cedió esta vez al descontento general sin haber oido á Colon.

Tratóse entonces de obtener concesiones de parte del viejo marino; pero este con una arrogancia que admira, porque ella es la prueba de su inalterable constancia y de la firmeza de su carácter, declaró que no cedia un punto en sus pretensiones y que ya habia hecho bastante por España.

Resuelto á partir aquel mismo dia para Francia, fué á despedirse de sus amigos Alonso de Quintanilla, fiscal general de la hacienda, y de Luis de San Angel, recaudador de las rentas eclesiásticas de Aragon; les dió una carta para el prior de la Rábida y salió de Santa Fé, decidido á entablar negociaciones con el rey Carlos VIII.

Quintanilla y San Angel se habian relacionado con Colon por medio del venerable Juan Perez, y la amistad de aquellos para con el sabio navegante no era menor que la que le

profesaba el prior. En el tiempo que habia trascurrido desde la rendicion de Granada, habian tenido lugar de comprender la escelencia de los proyectos de Colon, y viéndolo separarse para siempre de España, quisieron tentar un medio desesperado. Sus empleos respectivos les daban fácil acceso cerca de la reina; insistieron en obtener una audiencia de ella, con el justo pretesto de que se trataba de un gran negocio de estado en el que se hallaba interesado el honor de la corona, y la reina se la concedió.

Entre tanto Colon, presa de un dolor profundo, se dirigió hácia Córdoba discurriendo los medios que emplearia para hacerse oír de la corte de Francia, y fundando, quizás, nuevas esperanzas en la reina Ana de Bretaña, como lo habia hecho por mucho tiempo en la reina de Castilla.

En este momento, Luis de San Angel abogaba por su causa con una exaltacion siempre creciente.

—Que V. M. se digne perdonarme si llamo su soberana atencion sobre un objeto de gran interés que pasa desapercibido á sus ojos; pero á fuer de leal servidor de su corona, creo de mi deber manifestarle que deja escapar una ocasion de servir á la causa sagrada del cristianismo: cegada por los enemigos de un hombre de genio desconocido, V. M., mis intenciones escusan mi audacia!

falta á su gloria y al bien general de sus súbditos.

San Angel, trasportado y fuera de sí, mezclaba los reproches á las súplicas. Isabel no osaba interrumpirle.

— Cristóbal Colon abandona la España, continuó él; vuestro consejo ha rechazado sus proposiciones y va á hacérselas á la Francia, ofreciendo así á una potencia rival sus magnánimos servicios. Permitidme Señora le suplique detenga la marcha de este grande hombre con una palabra digna de V. M! Permitidme manifieste mi admiracion viendo á V. M. tan dispuesta siempre á proteger las grandes empresas, reusar ahora su consentimiento á la que trata de llevar á cabo un hombre cuyo valor habeis podido apreciar durante la última guerra. Colon es un hábil astrónomo, un erudito cosmógrafo, y todos vuestros oficiales se han visto obligados á reconocerlo: sus conocimientos en la ciencia de la navegacion son incontestables, y no pueden negárseles las cualidades de un valeroso y prudente capitan. No hace mucho iban á concedérseles sus pretensiones, y por muchas dificultades ante las cuales se le ha visto colocarse á la altura de sus grandes designios, se le rechaza, se le ultraja, y se le obliga á abandonar la España cuando pudiera haber hecho la gloria de ella.

Quintanilla tomó á su vez la palabra y dijo á la reina:

—El Portugal estiende sus dominios en las costas africanas; el eco de sus conquistas resuena por toda la cristiandad, y entre tanto las galeras de Castilla y de Aragon permanecen encerradas en el Mediterráneo: nuestras carabelas no se alejan mas allá de las islas Canarias, y cerca de nosotros un pueblo miserable crece y prospera á la sombra de sus expediciones marítimas, cuando nosotros perdemos la ocasion que se nos presenta de adquirir la supremacia sobre él.

—La tentativa de Colon, replicó San Angel, siempre sería muy honrosa para vuestra corona, aunque no tuviese otro resultado que el de esclarecer una cuestion que interesa al mundo entero.

Isabel escuchaba con atencion.

Las enérgicas palabras de los defensores de Colon llegaron á impresionarla hasta el punto de entrever por primera vez las ventajas que reportaria la cristiandad de aquellos futuros descubrimientos. Quintanilla y San Angel insistieron pintándole el dolor que experimentarí si cualquiera otra potencia estrangera acojia los proyectos del gran navegante, y concluyeron por manifestarle las moderadas exigencias de Colon, cuando con solo dos buques y treinta mil cruzados prometia llevar á cabo su empresa.

Dicho esto, los dos hidalgos guardaron un respetuoso silencio.

Una dama de la corte, la marquesa de Moya, que se halló presente en esta conferencia, abogó también por la causa de Colon.

Isabel, no obstante, se hallaba todavía indecisa: sabia que la guerra habia agotado todos los recursos del tesoro y que el rey no tomaba interés por ningun proyecto de descubrimientos.

Alonso de Quintanilla, San Angel y la marquesa dirigieron á la reina sus miradas suplicantes: esta reflexionó un larga rato, y convencida finalmente por su propio juicio, dijo con entusiasmo:

—«Yo me encargo de la empresa por mi corona de Castilla y venderé mis alhajas para reunir los fondos necesarios.»

Un historiador, con motivo de estas célebres palabras, ha dicho que «este fué el momento mas bello de la vida de Isabel, y así unió á la gloria de su nombre, la de haber protegido el descubrimiento del nuevo mundo.»

San Angel prometió desde luego adelantar los fondos necesarios sobre las rentas de Aragon, é inmediatamente se mandó un correo en busca de Colon, que se hallaba ya á muchas leguas de Granada, en el puente de Pinos, célebre desfiladero por los numerosos encuentros de moros y cristianos que en él habian tenido lugar.

La causa del genio habia triunfado: la reina en persona renovó á Colon su promesa y

fué tambien su abogada y protectora para con el rey Fernando.

En presencia de los soberanos de Castilla y de Aragon, y seguro como estaba del éxito de su empresa, Colon se espresó con una elocuencia admirable, y al terminar el pomposo cuadro de sus descubrimientos, añadió que habia hecho voto de consagrar todas sus riquezas á la libertad del Santo Sepulcro.

Fernando é Isabel no esperaban esta singular conclusion, que les arrancó una sonrisa, y respondieron que sin los tesoros de las Indias, estaban decididos á emprender esta santa conquista en el momento que lo permitieran los fondos del tesoro.

Una acta firmada por los augustos esposos confirmaba los privilegios de Colon, que olvidando sus padecimientos en sus largos y penosos viages tras del objeto de sus deseos, y lleno de reconocimiento, juró hacerse digno de los favores que recibia.

Isabel, como un noble agasajo, mandó al almirante una carta patente, por la que nombraba á su hijo Diego, page del rey Juan, heredero presunto de la corona.

Pocos dias despues volvió Colon al convento de la Rábida. Los franciscanos que tanto tiempo se habian ocupado de sus esperanzas y gestiones en la corte, escucharon su relacion con un profundo interés. Juan Perez por su parte le manifestó el gran pla-

cer y contento que experimentaba al verlo en vísperas de emprender su expedición.

Cuando Colon entregó á su hijo Diego el nombramiento de paje que lo llamaba á la corte á ejercer sus funciones, todos los religiosos prodigaron sin cesar sus bendiciones á la magnánima reina de Castilla.



VI.

LA PARTIDA.

García Fernández, los hermanos Pinzon y todas las personas principales de Palos, acudieron al convento de la Rábida donde el ilustre navegante arreglaba todos los preparativos y pormenores de su empresa.

Pasáronse, sin embargo, algunos meses antes de la partida: los marineros del país, llenos de terror con la expedición proyectada, reusaban tomar parte en ella, y poco faltó para que el viage del gran navegante no fracasase ante infinitas dificultades materiales.

En fin, el viernes 3 de Agosto de 1492, tres pequeñas naves mecíanse sobre las aguas del río Tinto.

El pabellon del almirante flotaba en la popa de la *Santa María*, única de las carabelas que tenia cubierta, la *Niña* y la *Pinta*, mandadas por los hermanos Martín Alonso

Pinzon y Vicente Pinzon, se mantenian en sus aguas.

Apenas despuntaba el crepúsculo de la mañana, cuando toda la poblacion, que se hallaba reunida en la playa, divisó á los frailes franciscanos del convento de la Rábida que se dirijian á bordo de la *Santa María*, magníficamente empavesada con los mas brillantes colores.

Habiase levantado un altar en la popa de la carabela, y en él celebró Juan Perez el oficio divino. Cristóbal Colon, sus oficiales y marineros recibieron la comunión y fueron bendecidos solemnemente por el prior. La flotilla fué puesta bajo la proteccion especial de Dios y de la Santa Virgen y precedida de solemnes ceremonias religiosas antes de partir.

Colon confió seguidamente su hijo Diego á un eclesiástico de Palos, que debia instruirlo antes de marchar á la corte, y dió gracias á García Fernandez y al prior por la parte que habian tomado en su empresa.

Finalmente, cuando su hijo Diego y todos sus amigos habian bajado á tierra, y los hermanos Pinzon y tripulantes de la *Niña* y *Pinta* se hallaban á bordo de sus respectivos buques, hizo la señal de hacerse á la vela.

La escuadrilla aparejó media hora antes de salir el sol. Mientras que los pilotos conducian sus buques fuera de la ribera de Palos,

Cristóbal Colon tenia fijos sus ojos en el monasterio donde sabia que sus mas dignos amigos invocaban al cielo para el logro de su noble empresa.

Poco á poco, el promontorio de la Rábida se perdió de vista oculto por las tierras mas elevadas que á la vez lo fueron tambien.

Los tres frágiles buques avanzaban en la inmensidad de los mares en rumbo de las islas Canarias desde donde debian navegar línea recta al Oeste de un Océano desconocido.

Muchos años despues, cuando en la corte de Castilla se disputaban los nobles el honor de haber prestado su apoyo á Colon, hizo este justicia al celo de Quintanilla y de San Angel, sin olvidarse de referir que habia encontrado en el convento de la Rábida mas auxilios y consuelos que en el resto de la España.

Los nombres de Juan Perez de Marchena y de su viejo amigo Garcia Fernandez el médico de Palos, se hallan íntimamente unidos á la conquista del nuevo mundo. Un pobre náufrago arrojado sobre una playa estraña era el predestinado para ampliar los decretos de la Providencia, y un modesto fraile, que habia abandonado las pompas y vanidades de la tierra por la soledad del claustro, debia ser el verdadero protector del héroe. De este modo elije el cielo de entre los mas humildes servidores los instrumentos de su gloria.

—J. de la Landelle.—*Manuel Baturone.*